

En la turbulencia global

EL MUNDO ESTÁ INMERSO EN UN ACELERADO PROCESO de cambio. Jamás volverá a ser como era hace pocos años. Ni el tiempo ni la historia dan marcha atrás. Para bien o para mal, los países latinoamericanos se encuentran irremediablemente envueltos en este proceso planetario, uno de cuyos signos distintivos es la globalización. En este ambiente de fin de milenio, la turbulencia tiende a crecer mientras que la capacidad de control de los gobiernos disminuye a pasos agigantados. En tanto que los países ricos de Europa y Norteamérica pierden el control de sus fronteras frente a las oleadas de inmigrantes que desean participar del bienestar, los países pobres del Sur no tienen ya casi ningún control de los recursos básicos que requieren para su desarrollo nacional. De un lado del abismo están Canadá y los Estados

Unidos, la Unión Europea y algunos países de Asia y el Pacífico del Sur, cuyas economías crecen aceleradamente, y del otro, continentes enteros como África, Asia Central y América Latina, se enfrentan a inimaginables catástrofes de su propia creación.

La globalización de la economía contemporánea supone la libertad individual y la movilidad de todos los recursos. Los países exitosos han desregulado rápidamente sus economías y han acordado eliminar obstáculos al comercio y a la inversión, a la transferencia tecnológica y a los flujos de información, aunque contradictoria pero explicablemente han decidido mantener y aun reforzar las barreras migratorias entre las regiones. Muchos de los otros países se han visto obligados a abrir y desregular sus economías y a limitar el papel del gobierno en

la vida de sus pueblos. Las burocracias públicas han tenido que aceptar su reducción y su marginación de los centros decisivos. Sin embargo, estos procesos no han sido plenamente asumidos ni aceptados por los gobiernos, las burocracias y, en algunos casos, ni por los pueblos de esas naciones que siguen todavía arrastrando los pies y no se deciden a correr y entrar en la competencia global. Todos estos cambios están contribuyendo al surgimiento de un mundo de un gran dinamismo y una feroz competencia. Un mundo en el que al mismo tiempo que se promueve la rápida creación de riqueza, también se observa el crecimiento acelerado de la desigualdad entre los individuos y entre las naciones. Un mundo en el que los más favorecidos por la suerte o la naturaleza se incorporan activamente a círculos virtuosos de bienestar, salud, riqueza y poder crecientes, mientras que cientos de millones de individuos, en un centenar de países pobres, quedan botados a un lado del camino, sin más destino que la marginación, la pobreza, la enfermedad, la ignorancia y la muerte prematura.

Esta situación es claramente inaceptable. No sólo la solidaridad natural sino un egoísmo ilustrado nos debe mover a buscar soluciones eficaces a estas consecuencias no deseadas de la asombrosa capacidad que hemos alcanzado para generar riquezas y

bienestar. En el manual publicado por el CINDE en 1996, para la Conferencia Mundial de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social, se dice que “en los umbrales del siglo XXI (...) los países necesitan una adecuada garantía de seguridad social para proteger a aquéllos que quedan excluidos de los mercados y asegurar el futuro de quienes después de una larga vida de trabajo tienen derecho a un retiro digno sin ser una carga para la sociedad”, para en seguida recomendar la búsqueda de los mecanismos gubernamentales o burocráticos para resolver todos nuestros problemas.

Los llamados “estados de bienestar” están actualmente quebrados en todas partes. La experiencia nos enseña que los mercados bien regulados tienen la capacidad de asignar con una aceptable eficiencia los recursos sociales, pero mientras los países ricos no estén dispuestos a abrir sus fronteras a todos los inmigrantes que deseen asentarse en ellos y así lograr un equilibrio planetario entre los recursos materiales y la población, habrá que pensar en soluciones solidarias —tanto al interior de cada país como a escala internacional— que distorsionen lo menos posible la actividad y las señales de los mercados económicos. Uno de tales mecanismos es la creación e instrumentación de “redes mínimas de protección social”.

Frente a la turbulencia que el mundo enfrentará en los próximos decenios, resultado de la erosión gradual de las soberanías estatales, de nuevos procesos tecnológicos que están haciendo crecer el desempleo estructural, de la transferencia del poder mundial a nuevos centros decisivos, del acceso casi universal de la información y, sin duda, de la rápida degradación del medio ambiente en las naciones pobres, los países deben tomar desde ahora las providencias necesarias para amortiguar los efectos desestabilizadores de tales advenimientos.

Sin embargo, sólo los problemas ambientales y la pobreza son verdaderamente remediados por las sociedades organizadas. Ambos problemas son las dos caras de una misma moneda. Estos se acentúan ahora por la velocidad de los procesos de globalización que estamos presenciando y, en ambos casos, sólo la pronta reorganización de los mercados globales puede significar una solución de fondo. Mientras eso sucede, y para lograr un tránsito ordenado al futuro, los países deben aplicar los mecanismos necesarios. La tarea no es fácil pero sí es posible. Detener la contaminación ambiental y restaurar la naturaleza requiere recursos que “razonablemente” deben ser aportados por quien contamina y por quien desea una naturaleza restaurada. Tal objetivo no es ni

remotamente alcanzable en sociedades compuestas por millones de pobres.

Muchos dicen que los países pobres no tienen los recursos suficientes, que sus gobiernos son corruptos y pésimos administradores; que sus élites son depredadoras y sólo responden a los incentivos de corto plazo; que sus poblaciones no tienen verdadera capacidad de decisión. Así vistos, los problemas tienden a empeorar dentro de complejos círculos viciosos, de los que no es posible escapar. Sin embargo, nada es más falso y pernicioso que la tal visión pesimista. No es la cultura ni la falta de educación formal, tampoco es el imperialismo o la fatalidad geográfica o histórica los responsables de este estado de las cosas. Más bien es la falta de instituciones adecuadas. La ausencia de mercados bien organizados que asignen eficientemente los recursos existentes. Es de perogrullo decir que sin consumidores no hay mercados, como también lo es decir que sin dinero no existen los consumidores. Así, enfrentar la catástrofe ecológica en nuestros países requiere que produzcamos, de inmediato, millones de consumidores con poder de compra.

Pero la inevitable globalización de los mercados, al mismo tiempo que está generando una enorme riqueza, hace innecesario el trabajo de millones y millones de

trabajadores. El constante aumento de la productividad junto a restricciones impuestas a la movilidad de los individuos crea zonas de alto desempleo, con consecuencias catastróficas para todos, tales como la explosión de la pobreza y el crimen, el colapso institucional y el imparable deterioro ambiental. Una sociedad de pobres no puede enfrentar ni resolver eficazmente estos graves problemas sociales. Así, una tarea urgente e impostergable es eliminar la pobreza mediante la reanudación del crecimiento económico. Eliminar la pobreza extrema es un objetivo que hoy día es perfectamente posible. Su eliminación no es solamente un objetivo de justicia, sino que puede ser el detonante apropiado para iniciar un crecimiento económico acelerado. Para lograrlo, hay que aprovechar la tecnología actual y la infraestructura privada, que ya existe, para transferir directamente y sin intermediarios burocráticos la riqueza que la sociedad les ha asignado a los pobres, pero que por desgracia todavía no les llega.

En lugar del pesado e ineficiente aparato burocrático de bienestar social que día tras día

consume una gran parte de los recursos que le corresponde repartir entre los pobres, podemos, como lo sugiere el manual del CINDE antes citado, establecer lo que he llamado "redes mínimas de protección social" que, aprovechando la eficiencia de los mercados "promueven la competencia en la prestación de los servicios (sociales), con lo que la cantidad y la calidad de ellos mejorará". Condición indispensable es que "los apoyos (públicos) se otorguen directamente a los beneficiarios-consumidores y no mediante mecanismos indirectos". Finalmente, para lograr cabalmente su propósito, "las políticas de erradicación de la pobreza deben ser de largo plazo y considerar los deseos y las necesidades de los beneficiarios (promoviendo su capacidad de elección)". Sólo así, los países pobres podrán enfrentar, con posibilidades de éxito, la turbulencia que ya se vislumbra en el horizonte. El futuro nadie lo conoce, pero únicamente quien es irresponsable cierra los ojos para no ver la realidad.☺

*Roberto Blum
(De "Perfiles Liberales")*